

guerra, por dominarlo todo; su ambicion, su irascibilidad, su mala disposicion á todo yugo; las insinuaciones del rey de Portugal, que llegaban á él por medio del conde don Juan Alfonso de Alburquerque y de la reina doña Constanza; su afan por vengar todas las humillaciones que habia sufrido el trono, le hacian encontrar con placer motivos para apartarse de su madre; pero al mismo tiempo, la vergüenza que iba envuelta en aquella audaz calumnia le quemaba el rostro, le desesperaba, le amargaba el contento del pretesto para emanciparse.

—Y no es esto solo, dijo don Juan Nuñez, que ansiaba vengarse de la humillacion á que se le habia sujetado á cambio de su libertad; al casamiento de don Alfonso Perez de Guzman con la reina, se uniria otro casamiento, el de la infanta doña Isabel con el infante don Alfonso, heredero del reino de Aragon.

—¡Ah! exclamó el rey, á cuyas entrañas llegó la ponzoña de las palabras de don Juan Nuñez.

—Sí, dijo el maestro de Calatrava; la reina ama sobre todos sus hijos á la infanta doña Isabel; uniéndola con el heredero de Aragon, cubre con un falso pretesto su alevosía contra vos, porque dirá al mundo y á la historia: «Hice esto, porque los reinos de Aragon y Castilla se uniesen y fuesen fuertes y respetados.»

—¡Ah! repitió el rey, ya con acento rugiente: eso no será, ¡vive Dios! corona me dió mi padre, y yo sabré defenderla de todas las traiciones, hasta de las que de mi madre vengan; pero ¿por qué, por qué ha de hacer esto mi madre conmigo?

—¿No veis, señor, dijo don Enrique, que pronto llegareis á vuestra mayor edad, y tendrá que daros cuenta de vuestra hacienda, y no podrá dáosla de lo que os ha quitado y ha ido á aumentar el tesoro de ese tan ponderado caballero que guarda á Tarifa como cosa suya?

—¡Ah! yo arrancaré á mi madre el velo hipócrita con que se cubre, exclamó el rey.

—¿Qué imprudencia! dijo el infante don Enrique: ¿de qué la acusaríais? ¿con qué pruebas? ella ha sabido, comprando á los unos, halagando á los otros, hacerse amar de estos reinos; estais en tutela; una sola palabra que se dijese seria avisar á la reina,

y de la misma manera que ha peleado, no por vos, sino por la infanta doña Isabel para sujetar á su dominio toda Castilla y acabar la guerra, volveria á encender la guerra civil, se aliaría francamente con el rey de Aragon, y se daría lugar á que sobreviniera mas pronto vuestra exclusion de la corona, para que la ciñera la infanta doña Isabel.

—Para combatir las grandes traiciones, dijo don Juan Nuñez, son necesarias gran prudencia, gran paciencia, mucha intencion y mucha voluntad; hay que coger los traidores desprevenidos, y herirlos en el momento en que ellos se apresten á dar el golpe.

—Pues bien, dijo el rey; callaré, sufriré, y daré el golpe sobre seguro, yo os lo prometo.

—Seguid nuestros consejos, dijo el infante don Enrique, y os salvais y salvais á vuestros reinos, que sin vos pasarán á ser la herencia de Aragon, y nos salvareis á todos.

—Y luego, dijo don Juan Nuñez, aunque la reina no anduviese en tales tratos, ¿qué necesidad teneis vos, que sois rey de Castilla y de Leon, y ya grande y en buena edad, de andar siempre en pos de vuestra madre, sin saber nada y sin que se os estime ni se os tema, porque todos saben que no sois vos el rey sino vuestra madre, y creerán que no sois bueno para el lugar de rey en que Dios os ha puesto, y de andar siempre como hasta aquí, pobre y menguado, cuando con quererlo vos, con apartaros de vuestra madre, y con seguirnos á tierra de Leon, y aveniros con vuestro tío el infante don Juan, y á este con todos nosotros, principalmente con vuestro tío el infante don Enrique, tomareis el gobierno de todos vuestros reinos, y sereis rey y señor cual debeis, rico y próspero, y mandareis y prohibireis, y hareis cuanto querais?

## IV.

Era cuanto podia decirse á la inquieta ambicion de un jóven inesperto, de carácter poco sufrido, soberbio, ansioso de libertad.



—Por las razones que me habeis dicho, contestó el rey, conozco que verdaderamente sois buenos y leales para mí, y consiento en apartarme de mi madre y confiarme á vosotros; ya veré yo la manera de que esto se haga cuanto antes: y ahora, y porque temo que mi madre, que nunca duerme, recele y de algo se aperciba, bueno será que dejemos esto por ahora y que nos separemos, que ya os avisaré yo con lo que fuere por Gonzalo Gomez de Caldelas.

—Que Dios os guarde, señor, dijo el infante don Enrique, y que no vacileis en vuestro buen propósito.

Y tras esto, el rey y los conjurados contra la reina se separaron; ellos se perdieron entre las cercanas espesuras, y el rey se fué á buscar á Caldelas al lugar en que este se habia puesto en guarda.

## V.

—¿Ha sobrevenido algo? dijo el rey.

—No señor, contestó Caldelas; todo está tranquilo.

—¿Cómo haria yo, Gonzalo Gomez, dijo el rey, para apartarme de la reina mi madre?

—Decidla, dijo Caldelas, que mientras se va ó no á Vitoria perdeis el tiempo aquí en Burgos; y bien seria, si por bien lo tuviese, os dejase ir á caza algunos dias, que os divertiríais y cobraríais mucha salud, y cazaríais cuanto quisiéreis, que bien sabe la reina la grande aficion que teneis á la caza, y que seria bien fuese con vos á caza don Juan Nuñez; todo lo cual os concederá vuestra madre, porque no está prevenida, y si no lo otorga, señal será de que algo barrunta, y se podrá tomar otro camino para nuestro propósito.

—¡Pardiez! que me parece bien lo que me habeis aconsejado, Gonzalo Gomez, dijo el rey; y así lo haré como vos decís, y demos punto á esto y callemos, que vamos por entre árboles y la reina tiene puestos en todas partes espías y no sabemos si podemos ser escuchados.

Y guardando silencio, siguieron adelante, y por un lugar á trasmano penetraron en el alcázar y llegaron á la cámara del rey sin ser sentidos.

## VI.

—Decid á Juan Alfonso de Benavides que venga, dijo el rey á Caldelas; quiero hablar con él.

—¡Ah señor! dijo Caldelas: habreis de esperar algunos dias para poder hablar con Benavides; pero cuando con él hableis, hablareis tambien con otra persona que amais mucho.

—¿Quién es? dijo el rey sobreescitado.

—¿Os habeis olvidado ya, señor, de doña Estrella de Velasco, y de que doña Estrella de Velasco fué metida por vuestra madre en el monasterio de las Huelgas de Valladolid?

—No por Dios, dijo el rey; ¿y por doña Estrella ha ido Juan de Benavides?

—Apercibido va para que se la entreguen, que es de muy buen ingenio Benavides y muy arrojado para cualquier empresa; y si no se la entregan, él la sacará del convento y la llevará á Castrojeriz, donde para entonces ya estareis vos: tal vez, tal vez á estas horas Juan Alfonso de Benavides tiene ya en su poder á doña Estrella.

—Pues bien, á Castrojeriz iremos: id con Dios, Gonzalo Gomez; buenas noches.

El trinchador salió.

El rey fué á una puertecilla de su cámara, la abrió, atravesó un pasadizo bastante largo y que al parecer estaba abierto en el muro, abrió otra puerta, y entró en otra cámara.

En ella, hablando alegremente con dos de sus camareras, estaba la jóven reina doña Constanza.

Al ver al rey, dió un grito de alegría, se levantó, despidió á sus camareras, y luego se arrojó en los brazos del rey y le besó en la boca.



Doña Constanza le amaba con el delirio del primer amor.

El rey pagó con otro beso el beso de su esposa, la asió por la mano, la llevó al sillón que habia abandonado, tomó otro, se sentó junto á ella, y la dijo:

—Tenemos que hablar mucho, señora.

—¡Oh! yo tambien tengo que deciros mucho, esposo y señor.

—Pues oid, dijo el rey.

—Escucho, contestó la reina inclinándose hácia él y asiendo con sus dos pequeñas manos la mano del rey.

## CAPITULO IV.

EN QUE SE VE QUE EL REY Y LA REINA DOÑA CONSTANZA TRABAJABAN POR SU CUENTA Y CONSPIRABAN CONTRA LOS CONSPIRADORES.

### I.

—Pero ¿qué teneis, señor? dijo asustada la reina al ver á la luz de la lámpara que ardia sobre la mesa, de lleno y por completo el semblante pálido, bilioso y descompuesto del rey.

—Hay cosas, señora, que cuando se oyen nos abrasan los oidos, el corazon, el alma; hay cosas que nos parecen imposibles, hijas ponzoñosas de la calumnia y de la infamia; hay cosas que no queremos creer y de las cuales no podemos dudar, porque parece increíble que tales cosas se digan siendo falsas.

—¿Qué es eso? ¿qué decís de calumnias, señor? exclamó doña Constanza: ¿se ha atrevido alguno á poner en vuestra esposa la lengua infame?

—¡Ah! no, no se trata de vos, se trata de mi madre.

—¡Ah! exclamó doña Constanza tranquilizándose y dejando ver en sus hermosos ojos azules una chispa de alegría, porque odiaba á la reina madre: ¿y qué dicen?